

Söding, Gerardo José

“Ese toque, esa mirada, esa voz...”. La vida de los sentidos y el sentido de la vida

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Söding, Gerardo J. “Ese toque, esa mirada, esa voz... : la vida de los sentidos y el sentido de la vida [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/ese-toque-mirada-voz-soding.pdf> [Fecha de consulta:]

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
El amado en el amante. Figuras, textos y estilos del amor hecho historia
7º Panel: *La Estética teológica y la recomposición de la comunión*

“Ese toque, esa mirada, esa voz...”
La vida de los sentidos y el sentido de la vida

¹ Lo que existía desde el principio,
lo que *hemos oído*,
lo que *hemos visto* con nuestros ojos,
lo que *hemos contemplado*
y nuestras manos *han tocado*
acerca de la palabra de la Vida
²—porque la Vida se ha manifestado
y hemos visto y testimoniamos
y les anunciamos la Vida eterna,
que existía junto al Padre
y que se nos ha manifestado—
³ lo que *hemos visto y oído*
se lo anunciamos también a ustedes,
para que tengan comunión con nosotros.
Y nuestra comunión es con el Padre
y con su Hijo Jesucristo.
⁴ Les escribimos esto
para que nuestra alegría sea completa. (1 Jn 1,1-4)

Estas palabras transmitidas, que ni siquiera al ser necesariamente traducidas resultan del todo traicionadas, diseñan el atrio literario de la llamada “primera carta de Juan”. Y a la vez abren una puerta (o una ventana, o un techo o un brocal) que invita a otras múltiples exploraciones (lecturas). Ellas aluden y convocan a una experiencia *estética* (perceptiva, sensorial), ellas se perfilan, entretejidas y expuestas como *literatura*; ellas arriesgan, en el límite y el exceso de la estética y la literatura, la fragilidad humilde y maravillada de una *teología*.

De este texto joánico propongo un ensayo hermenéutico libre, entre fenomenología y teología fundamental, con la tesis de que *hay una sinestesia* (conjunción de sentidos/sensaciones) *originaria* de la vida y de la fe que se manifiesta creando *comunión*, también *como escritura*.

El desarrollo se presentará, de acuerdo con esto, en tres momentos: un paisaje fenomenológico, un pasaje teológico y un estilo de escritura y lectura.

1. La vida se manifiesta [*lo que*]

Ver, gustar, oír son acontecimientos fundantes, lugares originantes, situaciones trascendentales que nos descubren *el paisaje de la vida y el sentido de cada encuentro*. Son categoriales y trascendentales, objetivos y subjetivos, precisos y aurales/esféricos, reales y simbólicos, herméticos (inmediatos, cifrados, incommensurables) y hermenéuticos (dignos y necesitados de una interpretación que ya implican). Ellos incluyen ya *una experiencia con la experiencia*, es decir, una inversión que valora el primer impacto, y en todo esto son

testimonio de *una mística natural* (siendo pasivos en relación al mundo y al impulso interior, implicados en y por un proceso trascendental y concreto, poseídos por el objeto y su halo, expuestos a una dinámica temporal y un espacio inmenso) y de *una destacada inteligencia* comprensiva y comprensible.¹

Este denso párrafo, característico del pensamiento y estilo de su genial y singular autor, Elmar Salmann, nos ofrece en una síntesis –orientada, por cierto, a la mistagogia– este momento de nuestra exposición, “sentir” ese primer impacto de la vida. Humilde, el lenguaje aquí no puede sino aludir, apelando a los giros “pasivos” para indicar el originario “ser afectado”; aún en lo indiferenciado, más bien una receptividad que una iniciativa.

Con un orden sensorial, traigo tres voces actuales y sugerentes. Para hablar del tacto, nos recuerda Pablo Maurette:

Affectus del verbo *afficio* (*ad + facio*) refiere a toda acción que produce un cambio de estado, que deja una marca, que perturba, que inicia un movimiento, que conmueve [...] Afección es el movimiento, pero también el origen del movimiento... Afección es toda sensibilidad interna y externa, pero también aquello que subyace a toda sensación y la vuelve posible. La afectividad es el núcleo misterioso de la vida... Ser y percibirse como ser vivo, como cuerpo enclavado en el mundo, es afectividad.

La *Befindlichkeit* heideggeriana y el estudio de los temples de ánimo del ser-en-el-mundo, el análisis de Merleau-Ponty del cuerpo propio, la fenomenología de la carne de Michel Henry, con su noción de auto-afección (experiencia originaria que revela el hecho de estar vivo y que está *más acá de toda sensibilidad*), son algunos de los acercamientos más reveladores al tema de la afectividad.²

Desde el campo de la percepción visual, Giovanni C. Pagazzi analiza la *imaginación* en relación con el *pensamiento*:

Ella [la imaginación] es la impronta de la determinación visual (perceptiva/sensorial) originaria y fundamental del pensamiento. Por esto, si es verdad que el alma piensa siempre, también es verdad que ella nunca piensa sin imagen, ya sea visual, acústica, táctil, olfativa o gustativa. La imaginación no es un hecho, ni una facultad añadida a las otras, sino el modo originario en el cual, a través de la sensación, alma y mundo nacen en el mismo momento: *co-nacen*, formando una única constelación. Ella atestigua que el *co-nocer* es el *co-nacer* del alma y del mundo y muestra cómo la conciencia sea dado al mundo [...] “La sensación es a la letra una comunión”, como gustaba expresarse Merleau-Ponty. La cuestión del “sentido”, por lo tanto, no puede plantearse sin la cuestión de los “sentidos”, porque ¡no se da sentido sin sentidos!³

En fin, en su aproximación fenomenológica a la voz, Sergio Gaburro se remite al *pathos* fundamental:

El *pathos* no se deja definir, porque envuelve y llama, hace entrar y pide una respuesta. La *paticidad* queda signada por comprometer un sí mismo que, paradójicamente, antes de ser

¹ E. SALMANN, *Passi e Passaggi nel Cristianesimo. Piccola mistagogia verso il mondo della fede*, Citadella, Assisi, 2009, 265-266. Como se verá, este aporte sigue la inspiración y la línea fundamental del capítulo 12, “I sensi del senso – Il senso dei sensi. Una piccola fenomenologia mistico-filosofica”, 265-289.

² P. MAURETTE, *El sentido olvidado. Ensayos sobre el tacto*, Mardulce, CABA, 2015, 59-60.

³ G. C. PAGAZZI, *In principio era il legame. Sensi e bisogni per dire Gesù*, Citadella, Assisi, 2004, 63 (con las citas de Merleau-Ponty y las remisiones a Husserl y a Schopenhauer).

comprometido no existía. *Todos los sentidos son con-vocados* y los espacios emotivos desvelados para que el sujeto despierte a sí mismo.

Esta co-presencia afectiva inmediata y diferenciadora de los sentidos expuestos al mundo es ya, dice Gaburro, una experiencia “de palabra” que comprende con la experiencia y va más allá de sí misma.⁴

Una conocida narración hasídica recordada por Martín Buber ilustra este *pathos* vital en su eficacia originaria:

Un rabino cuyo abuelo había sido discípulo del famoso y santo Baal-Schem, decía: “Mi abuelo era paralítico. Una vez le pidieron que contara una historia de su maestro. Entonces narró cómo el santo Baal-Schem solía saltar y bailar mientras oraba. Mi abuelo, aun físicamente impedido, se levantó y contó, y el relato lo transportó tanto que tuvo necesidad de mostrar saltando y danzando cómo lo hacía el maestro. Desde aquel momento sanó.”⁵

En este Congreso ya se han ofrecido diversas y profundas miradas a esta realidad originaria y originante de la vida misma en cuanto percepción. Avanzo un paso con la diferenciación de los sentidos, procurando mantener el vínculo con “lo que existía desde el principio” y sugiriendo trazos hacia lo común “nuestro”.

1.1 “Ese toque...” (tocar y ser tocado) [*nuestras manos han tocado*]

Además del sentido primario como contacto físico de la piel, el lenguaje revela la asombrosa polisemia del término “tacto”. Tener tacto es saber “tocar” ciertos temas con delicadeza, saber tratar a la gente de manera apropiada, comprender la situación en la que uno se encuentra y afrontarla de modo competente. Tener tacto es saber afectar; es tocar sin contacto físico. Pero, por más elocuente que sea este segundo sentido de la palabra, no deja de ser metafórico y no alcanza para expresar su densidad universal y concreta.⁶ Así que vuelvo a su manifestación primera.

Relegado por la tradición filosófica “canónica” griega de Platón y Aristóteles, quienes lo colocan en el último lugar entre los sentidos, el tacto ha sido ya reivindicado en ámbitos muy diversos. Hoy se puede considerar, en efecto, como el primero y fundamental de los sentidos. Basta notar que es el primero que se forma en el embrión, que es la única forma de sentir que el ser humano no puede perder, que es el único sentido que no está localizado en un punto u órgano específico del cuerpo, que es el único que se “desdobla” (por ejemplo, al sentir el propio cuerpo) y que se da en la más pura inmediatez: en el mismo sentir “tocar es ser tocado”.

El tacto es siempre con-tacto. Escuchemos de nuevo a Salmann:

Un impacto violento y un pacto claro y suave, el toque sentido y la limpia aunque instintiva reacción evaluativa nacen juntas, en el mismísimo momento: el contacto es este acontecimiento intercorpóreo, esférico, espiritual, pasivo-reactivo, la superposición peligrosa y bendita entre las esferas que por este medio se constelan, se configuran, se encuentran y se miden entre sí... Se trata de decidir sobre vida y muerte, soledad o

⁴ S. GABURRO, *La Voce della Rivelazione. Fenomenologia della Voce per una Teologia della Rivelazione*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milano), 2005, 134 (cursivas añadidas). Esta tesis doctoral es un trabajo extenso y muy sugerente sobre un tema importante para la teología fundamental católica, que resulta valioso, sea por su sensibilidad fenomenológica, sea por su rigor sistemático, sea por su hermenéutica teológica.

⁵ M. BUBER, *I racconti dei Hassidim*, Ugo Guanda, Parma, 1992, VII, citado en *Ibid.*, 133-134.

⁶ Maurette (*El sentido olvidado*, 55) recurre al concepto de lo *háptico* para referirse a esta densidad y ensayar con el sentido. Asumo algunas de sus observaciones sin incorporar la extrañeza de este adjetivo.

comuni3n, la experiencia acumulada a lo largo de una biograf3a y la irrupci3n de una novedad desconcertante. El contacto hace surgir la libertad del sujeto y la capacidad de la relaci3n osm3tica, su pasividad/vulnerabilidad y su se1or3o y autonom3a.⁷

Un sencillo ejemplo en sinestesia puede “tocarnos” en este sentido. Mozart, en medio de un per3odo muy cr3tico y oscuro de su vida (1790), apenas compone. Escribe a su mujer Constanza: “*cuando voy al piano, y toco algo de mi 3pera, debo detenerme: me impresiona demasiado*”. 3Qu3 es lo que ocurre cuando el creador al “tocar” se siente “tocado” por su creaci3n, al punto que debe “dejar de tocar”...? Tacto y o3do en la carne viva.

Debo al menos “tocar” algunas asociaciones en los campos de la cultura, la sociedad, la pol3tica, la religi3n. 3Cu3n real es *lo virtual* (en t3rminos de lo t3ctil, de los contactos)? 3Qu3 es lo intocable, qui3nes son intocables? 3Queda algo intacto (sagrado, puro, a salvo)? Ser tocado es ser afectado, rozado, acariciado, besado y abrazado; es ser marcado, vulnerado, violentado, profanado en el cuerpo personal y social. El campo es inmenso y, a la vez, concret3simo, pr3ximo/pr3jimo, vital o mortal... en un toque.

1.2 “Esa mirada...” (ver y verse visto) [*hemos visto*]

La vista ha sido, sin duda, privilegiada en la tradici3n occidental, al punto de hablarse de un “oculocentrismo” en la filosof3a y en el arte, en la percepci3n en general. Plat3n y Arist3teles coinciden en considerarla como el primero y m3s importante de los sentidos. A la visi3n corresponde la objetivaci3n de la realidad y el juicio sobre la verdad objetiva de las cosas del mundo, frente a y distante del sujeto que ve y juzga con una raz3n *especulativa* (especular) que tiende a abarcarlo todo.

Una fenomenolog3a [y una dial3ctica] de la mirada podr3a comenzar observando que nuestros ojos no est3n siempre abiertos (como la piel). Entrevemos las cosas y el mundo desde el fondo oscuro del recogimiento y la visi3n interior; y en un instante los abrimos y dominamos el mundo con nuestra mirada. El ojo limpio ordena el caos y constituye las cosas en sus contextos, teor3as y visiones de conjunto. Sin embargo, esto es posible s3lo desde una fuente (luz) y un margen (horizonte) que les permite mostrarse y demarcarse, pero que el ojo no percibe directamente. Ojo sabio es, entonces, el que intuye lo que no puede ver, el que es consciente de su punto ciego. El punto culminante y crucial de este proceso es el encuentro en ese espejo que es el ojo del otro; verse visto, juzgado, correspondido.

Encontr3ndonos frente a frente, nos medimos con la mirada, nos hundimos en el ojo amoroso del otro, hasta que bajamos la mirada como se1al de nuestra derrota, de la vergüenza, de la humildad, del pudor y de la felicidad de ser reconocidos. Reconocerse reconocidos, respetarse como respetados, reflejarse como reflejados (y no s3lo como reflejos): esta co-reflexividad de las miradas en el amor y la estima rec3proca constituye y embellece nuestro rostro. El ojo dominador manifiesta ahora el misterio de la persona y se expone a la interpretaci3n de los otros, implora ser respetado porque se sabe vulnerable.⁸

Se1alo s3lo algunas asociaciones a la prioridad ocular: la teor3a y la abstracci3n por sobre lo concreto y palpable, la soberbia del juicio que pretende dominar la realidad, los inevitables preconceptos y prejuicios de todo tipo, el “ojo malo” b3blico (envidia) y

⁷ E. SALMANN, *Passi e Passagi*, 272.

⁸ *Ibid.*, 277, donde el autor sigue y desarrolla la presentaci3n de A. De Santis y otros.

el “mal de ojo”. A nivel social y político, los puntos ciegos y los invisibles del cuerpo, las estrategias de invisibilización y las cegueras intencionales. En general, la cultura (culto y mercado) de la imagen y la apariencia.

1.3 “Esa voz” (oír y hablar) [*hemos oído*]

La voz signa la vida humana desde el inicio.⁹ Venimos al mundo no como hablantes, sino como voz que grita, gime, llora. El bebe escucha la voz de quien se hace cargo de él, de quien le responde, y acuerda/concuerda a ella su propia voz. La voz de cada uno es, así, un “eco” personalísimo de tantas otras voces. Ella “resuena” en un cuerpo que con ella vibra de un modo único [¿sinestesia de nuevo?]. Antes de explicar con palabras el propio *estado de ánimo*, incluso el más profundo, la voz ya lo manifiesta, eludiendo gran parte de los controles de la conciencia. Con facilidad las palabras pueden ser falsas, difícilmente lo será la voz, porque de ella emana lo que es más originario e *indescriptible*. Es necesario tener oído no sólo para las palabras, sino también para la voz.

Ecos antiquísimos, cuerpo, afectos, educación, costumbres, hábitos personales adquiridos por la libre práctica vocal hacen de la voz un verdadero y propio *gesto*, es decir, un lugar sintético de la persona y su estilo. La voz se distingue de los otros gestos del cuerpo porque es el más antiguo, el originario; por eso posee una *sinceridad* muy difícil de manipular. Así, ella ofrece una síntesis única de la identidad, que ningún otro gesto puede expresar.

Una muestra (de nuevo en sinestesia) de nuestro genial Jorge Luis Borges. En el cuento *El hombre de la esquina rosada* (1935), así narra la entrada de quien luego se sabrá que es Francisco Real:

Al rato largo llamaron a la puerta con autoridad, un golpe y una voz. En seguida un silencio general, una pechada poderosa a la puerta y el hombre estaba adentro. *El hombre era parecido a la voz.*

Desde su fondo de silencio, la voz interpela, exige y se articula como palabra que espera una respuesta. Y es aquí sobre todo la tradición judía la que se ha levantado con fuerza contra el predominio de la visión griega-occidental y su razón tendiente a la idolatría totalitaria del concepto universal. Sólo la palabra que invoca y provoca y el oído que responde y obedece aseguran la libertad y la trascendencia, únicas dignas del misterio de Dios y del hombre. Entre la llamada y la respuesta nacen el tiempo y la conciencia, que me califican como sujeto libre y responsable, responsorial. Las apremiantes reflexiones de Neher, Levinas y Rosenzweig, entre otros, no deberían encontrarnos sordos, aturdidos o distraídos.

En este punto se oyen llamados en varias direcciones. El silencio, de Dios y de los hombres, ante la injusticia, el sufrimiento y el mal extremos o cotidianos. Los que no tienen voz y los que la manipulan o acallan con el poder o el dinero. Los discursos y los cuerpos sociales que los legitiman o banalizan. La mentira social y la desconfianza, la dificultad de un diálogo responsable y responsorial.

⁹ Estos dos párrafos recogen algunos trazos de la presentación de Pagazzi, quien a su vez se apoya en Gaburro y otros de sus lectores. Cf. G. C. PAGAZZI, “La Voce del Pastore”, *La Rivista del Clero Italiano* 10 (2014), 699-703.

[Alusión a la escena de El secreto de sus ojos: “Dígale que, por favor, me hable.”]

Síntesis-Sinestesia

Lo esbozado permite comprender que los sentidos funcionan sólo en su reciprocidad, como acontecimiento sinestético y apoyándose sobre un sentido que sólo podrá emerger y realizarse en su juego serio, en la vorágine entre distanciamiento y participación que los caracteriza.

Con una mirada europea, Salmann sugiere que acaso la religión cristiana languidece en el hemisferio occidental porque le falta una cultura de los sentidos. Viviendo en un sistema pragmático (*esto significa sólo esto*) y virtual (todo significa todo o mejor, nada), nos falta un orden y una escuela de los afectos. Los sentidos llaman a la confrontación con la vulnerabilidad y con la felicidad del individuo y exigen respetarlo, tocarlo, y prestar un oído a las necesidades y a la realidad de cada uno. El autor recoge la búsqueda estética de P. Sequeri, para quien del acontecimiento de los sentidos y del despuntar del sentido nace la fuerza del testimonio y de la representación religiosa, artística y ética.¹⁰

Sin duda, la cultura y la religiosidad popular latinoamericanas, con su peculiar *sensibilidad* para expresar el *sensus fidei*, nos exige una hermenéutica más adaptada, quizá más “analógica” (en la línea de M. Beauchot y otros).

2. La Vida eterna se ha manifestado [nosotros a ustedes]

El misterio de los sentidos [y el sentido del Misterio] no se acaba en la confrontación y la realización en la realidad. Extrañamente, el hombre no está jamás a la altura de sí mismo, no sabe reflejarse de modo congenial... se extraña cuando se ve, se sorprende al oír su propia voz grabada... Debemos confiarnos a instancias externas, recibimos a nosotros mismos y el sentido de nuestros sentidos de lejos. El orden de los afectos, su transparencia e incisividad se realizan sólo si aprendemos a recibirlos. No nos es dado dominarlos.¹¹

En el lenguaje de la experiencia espiritual, nos confiesa Teilhard de Chardin:

Así, pues, acaso por primera vez en mi vida (¡yo que se supone medito todos los días!) tomé una lámpara y, abandonando la zona, en apariencia clara, de mis ocupaciones y de mis relaciones cotidianas, bajé a lo más íntimo de mí mismo, al abismo profundo de donde percibo, confusamente, que emana mi poder de acción. Ahora bien, a medida que me alejaba de las evidencias convencionales que ilumina superficialmente la vida social, me di cuenta de que me escapaba de mí mismo. A cada peldaño que descendía, se descubría en mí otro personaje, al que no podía denominar exactamente y que ya no me obedecía. Y cuando hube de detener mi exploración, porque me faltaba suelo bajo los pies, me hallé sobre un abismo sin fondo del que surgía, viniendo no sé de dónde, el chorro que me atrevo a llamar mi vida.

¿Qué ciencia podrá nunca revelar al hombre el origen, la naturaleza, el régimen de la potencia consciente de voluntad y de amor de que está hecha la vida? Sin duda no es ni nuestro esfuerzo, ni el esfuerzo de nadie en torno a nosotros el que ha desencadenado esta corriente... El hombre, dice la Escritura, no puede añadir una sola pulgada a su talla. Y todavía menos puede aumentar en una sola unidad el ritmo fundamental que regula la maduración de su espíritu y de su corazón.¹²

¹⁰ Cf. SALMANN, *Ibid.*, 283.

¹¹ Cf. *Ibid.*, 285.

¹² P. TEILHARD DE CHARDIN, *El medio divino*, Madrid, 1972, 54-55.

Con esto somos invitados, casi sin advertir el pasaje, *del fenómeno al fundamento*, en frase acuñada desde esta tradición reflexiva. Es bien conocido el debate sobre el *giro teológico de la fenomenología* francesa (Marion, Henry, etc.).

Todo *pasaje* auténtico es crucial y crítico. Valga un ejemplo para mi tema:

En su lecho de muerte, el Dr. Nicholas Saunderson, un matemático newtoniano ciego, ateo recalcitrante, recibe la visita de un sacerdote que viene a darle la extremaunción y, de paso, convencerlo de que Dios existe. La única lógica en la naturaleza es la de ensayo y error, le responde Saunderson. Y agrega: “Míreme bien, señor Holmes, no tengo ojos. ¿Qué le hicimos a Dios usted y yo, uno para tener ese órgano y el otro para ser privado de él?” El sacerdote se queda sin palabras y derrama lágrimas piadosas por el moribundo. Saunderson arenga al cura: “Si usted pretende que yo crea en Dios, es preciso que me lo haga tocar”.¹³

Mi interés sigue anclado en el texto inicial de 1 Jn. En él, los testigos afirman su experiencia de fe en los sentidos, en lo que se ha llamado una “*crisología sensorial*”. La manifestación de la Vida eterna, atributo exclusivamente divino, se les ha dado en la carne sensible y sensata de la Palabra, Jesucristo, el Hijo junto (*hacia*) al Padre. Al paso in-audito, in-concebible, in-creíble de un Dios manifestado en carne, ha correspondido el paso a una nueva sensibilidad *de* y *en* la carne. La “fe encarnada” siente en la propia carne traspasada y atestigua “lo que existía desde el principio”, la Vida que se les ha manifestado en su sentido (*logos*, palabra).

Éste sería el lugar y el momento de la doctrina de los “sentidos espirituales”, desde los textos bíblicos y la gran tradición con Orígenes, Agustín, Buenaventura hasta K. Rahner y H. U. von Balthasar, G. Lafont y P. Sequeri. ¿Cómo presentar la relación entre los sentidos “corporales” y los “espirituales”: una analogía del impacto inmediato con la realidad, una dialéctica (más espiritual, menos sensible), una transformación “pascual” de la sensibilidad misma...?

Destaco sólo dos aspectos (siempre desde 1 Jn): por un lado, la *sinestesia originaria* con que los testigos insisten en fundar su anuncio de fe (*hemos oído, hemos visto y contemplado, hemos tocado*). Por otro, la *comunidad* que se ha creado por esta experiencia: *nosotros somos porque hemos sido hechos por ella. Somos* los que hemos sentido la manifestación de la Vida eterna. Y precisamente eso, sentido y creído, es *lo que* les anunciamos también a “ustedes”. No para informar o dar instrucciones, no para conquistar adeptos a una causa, sino *para que haya comunión*, una comunión entre comunidades, entre los que anuncian y los que reciben ese testimonio, una comunión que realiza en la historia y en la carne de la comunidad la comunión divina, que es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Apuntes, pues, para una “*eclesiología sensorial*”.

Ambos aspectos se han puesto de manifiesto en la fenomenología sensible y sensata de la vida. Pero también –y parece oportuno señalarlo en esta sede– lo confirman las actuales investigaciones de las neurociencias. Las innumerables redes neuronales (donde las neuronas “se tocan” comunicando las señales de la vida) muestran cómo nuestras emociones configuran nuestras percepciones y valoraciones del mundo. Más aún, las “neuronas-espejo” nos hacen *empáticos* con los estados de ánimo de nuestros semejantes, en una suerte de *solidaridad cognitiva* constitutiva que ninguna creencia sobre el “hombre lobo del hombre” puede destruir, y que nos deja ser salvados por la

¹³ Cf. P. MAURETTE, *El sentido olvidado*, 216.

proximidad, por *la conmoción*, por *la compasión*, por el contacto que nos hace humanos y nos devuelve (a) la humanidad.¹⁴

3. Escribimos para el gozo de la comunión

El último momento de este ensayo se vuelve en cierta forma sobre su mismo discurso. Se trata ahora de la necesidad y el riesgo de *una escritura* (y, sobre todo, *una lectura*) sensible y sensata, comunitaria y comunional, capaz de suscitar una alegría teológica y, por eso mismo, sinestética. Para no traicionar el *pasaje* antes aludido, el *estilo* de una tal escritura y su lectura debe remitirse a “lo que existía desde el principio”, en la novedad de Jesús, una Palabra hecha carne. En palabras de Chr. Theobald,

El que la entiende percibe inmediatamente la *novedad singular* que es su simple existir entre su nacimiento y su muerte y que, al mismo nivel, es el existir del otro. Se abre aquí, en el corazón mismo de la existencia en la carne, una diferencia que se debe atravesar por medio de una conversión o una inversión: es la existencia única de alguien que es, cada vez, nueva; pero percibirla como *novedad* y *novedad buena*, “necesita” una voz capaz de hacerlo entender y de mostrarlo [...] el Evangelio *de Dios* anunciado por su enviado.¹⁵

Pero este enviado, el que permite que esto ad-venga, Jesús, *no ha escrito nada*. Sus encuentros con individuos, grupos, muchedumbres son *de hecho* impensables sin su presencia efectiva *hic et nunc*, su voz, su mirada, su tacto (“Ese toque, esa mirada, esa voz”). En el espacio de vida que crea su santidad acogedora, su hospitalidad, los otros pueden, mientras lo designan y lo identifican, “identificarse” en su específica unicidad. La identidad de Jesús puede “comunicarse, pasar” en y entre ellos. La fecundidad inaudita que brota de este tipo de presencia, unida a la ausencia de escritura es, paradójicamente, lo que posibilita un *nuevo tipo de escritura*, que será luego el Nuevo Testamento. El mismo “estilo” del texto neotestamentario se define, precisamente, por la posibilidad de dejar *ad-venir* lo que ocurre entre Jesús y las personas; una *escritura* íntegramente al servicio de esta *presencia, parusía*. Ella permite apreciar aún más la capacidad del Maestro de contar con la singular capacidad interpretativa y expresiva de sus compañeros, y el riesgo de quedar en adelante expuesto a ella.

Un nuevo tipo de escritura pide también un *nuevo modo de lectura*: “la lectura de las cartas apostólicas y de los evangelios corresponde a su *forma* si la *parusía*, de la cual se trata en estos textos, se produce realmente entre sus lectores y sus mundos”.¹⁶

Praxis de lecturas que permitan que el texto (inspirado y por tanto inspirador, y *viceversa*) en su realidad teándrica y sacramental de cuerpo/letra y espíritu/sentido suscite una experiencia co-rrespondiente: un texto (textura) que toque, que muestre, que hable, o mejor dicho, que permita ser tocado, ser visto, ser llamado. Escritura y lecturas que, al mismo tiempo, respeten el misterio de la distancia, del ocultamiento y del silencio, imprescindibles para el riesgo y el gozo de la fe y del amor en la comunión. Un “entre”, *un espacio común donde habitar y hospedar* la experiencia, la tienda que se ha construido la Palabra en la carne para manifestar la Vida. *De lo local a lo vincular*: desde el principio, un nosotros. Ahora, entre nosotros y ustedes.

¹⁴ Cf. L. ZOJA, *La muerte del prójimo*, Fondo de Cultura Económica, CABA, 2015, 28-29.

¹⁵ CH. THEOBALD, “Il cristianesimo come stile. Fare teologia nella posmodernità”, *Teologia* 32 (2007), 289.

¹⁶ *Ibid.*, 284.

*Littera gesta docet, quid credas allegoria,
moralis quod agas, quid speres anagogia.*

El célebre dístico de Agustín de Dinamarca (siglo XIII) sintetiza la doctrina de la pluralidad de sentidos de la Biblia. Como texto sagrado, como Palabra viva y eficaz de Dios inspirada, no se agota en su sentido literal, sino que despliega también múltiples sentidos espirituales al servicio de la salvación humana. La sagrada Escritura se percibe, así, “sintiendo” en ella una textura de superficies y profundidades, un entretejido de voces y silencios, de intimidades y lejanías, de deslumbramientos y tinieblas, de letra y de Espíritu. La (también sagrada) humanidad del ser humano se “siente” con los sentidos corporales y espirituales, como carne configurada, atravesada y transfigurada por el Espíritu. Las dos texturas, los dos tejidos se encuentran frente a frente, se miran, se tocan, se saludan con reverencia y admiración, reconociendo un arcano aire de familia, eco silencioso de la Palabra, impronta del Sello, reflejo del Resplandor, del Hijo del Hombre.

Un “nosotros” que se dilata en el tiempo y el espacio de los hombres buscando todos los “ustedes”, se sabe y se siente en comunión con el Nosotros que fue su cuna y será su bienaventurado destino. Entonces, su alegría será completa.

Objeción y apertura

La primera Carta de Jn no se siente como un toque de ingenua suavidad, ni propone una contemplación intelectual cómoda ni deja oír una voz complaciente. Ella da cuenta de una ruptura de la comunidad joánica, provocada invocando a Cristo y al Espíritu Paráclito. El “nosotros” que la escribe debe padecer, discernir, interpretar y volver a arriesgar la comunión en el Espíritu y la Verdad de Jesucristo, venido en carne y en sangre, enviado por su Padre, el Dios que es Amor (4,8.16). Debe exhortar y exigir el amor fraterno, pues “¿cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?” (4,20). Como el Resucitado, también su comunidad (y el texto que la atestigua) debe padecer la pascua, sintiéndola en la carne sensible y sensata, debe atravesar la muerte de la comunión para dejarse recrear en su vulnerabilidad. Entonces será capaz de hospedar de nuevo la Vida. Pero a esto se referirán las dos próximas intervenciones.

Pbro. Dr. Gerardo José SÖDING
CABA, mayo de 2016